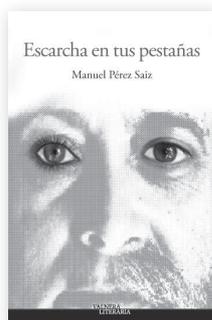


en la que comienza esta historia, había detectado Orlando extrañas reacciones nada menos que en la zona correspondiente a sus órbitas oculares, reacciones que habrían puesto nervioso al más pintado, que le habrían dicho nanái a la tranquilidad y al sosiego del más flemático y del más cachacero”.

He querido comenzar esta reseña de *Escarcha en tus pestañas* citando estas líneas de su comienzo. Lo hago con dos objetivos. Primero quiero contextualizar el título de la obra: hay una neblina que se escarcha en las pestañas del protagonista como primer síntoma del cambio que motiva la narración. La segunda razón es permitir al lector paladear una muestra de su alambicado estilo con el que se va a llevar a cabo esta.

A mi juicio cuatro son los elementos más relevantes de esta obra, aquellos que la articulan: la idea, la trama, el estilo y la metaliteratura. Para ser coherentes, comencemos por el segundo. Esta historia son dos historias, dos bajadas a los infiernos para volver a salir renovados y purificados, una en la primera parte, otra en la segunda; por lo tanto, mejor que en el infierno, Pérez Saiz sumerge a sus personajes en un purgatorio original y obsesivo que él les ha construido a la medida. El lector que se adentre en sus páginas encontrará todo tipo torturas: pérdida



Escarcha en tus pestañas
Autor: Manuel Pérez Saiz
Editorial: Valnera Literaria
Lugar y año: Villanueva de Villaescusa, 2012
Páginas: 260

¿SOMOS O NOS HACEN?

“Volviendo a su hipocondría, cuando normalmente se le disparaba a la mínima ya que era en él una cuestión de naturaleza idiosincrática, esa mañana, para colmo de males, la misma fría mañana de neblina sólida como de glass o fondán

de llaves y móviles, peleas, palizas, encarcelamientos, desfiguraciones, transfiguraciones, encuestas, y sobre todo, la anomia, el olvido y la falta de reconocimiento. Todo comienza esa fría mañana de neblina sólida de la que antes hablábamos, cuando el protagonista, un anodino empleado de banca, contento con su mundo y su circunstancia, acomodado y acomodaticio, detecta escarcha en sus pestañas reflejada en el espejo de su cuarto de baño, sólida como de glass o fondán. A partir de ahí comenzará su peripecia, recorriendo el camino inverso a los personajes de la tragedia griega. Si en *Edipo* es crucial el momento en el que este descubre su identidad, en esta novela, ocurre lo contrario, pronto nadie reconocerá a Orlando. Perdida esta llave, perderá el surco de sus rutinas que, entre trabajos y días, se había ido tallando en la corteza del universo para tener un orbita conocida y en la que reconocerse:

“Sin embargo, no fue hasta ese mismo día de la mañana embrumada, pero por la tarde, cuando realmente comenzaron a ocurrirle las cosas auténticamente graves, extrañas y espectaculares. Así que se puede afirmar que el estricto comienzo oficial de sus desventuras tuvo lugar a la salida del trabajo, al regresar en su coche por la autovía, momento en el que creyó verse sobrepasándose a sí

mismo. Habría jurado que era él, con la misma ropa que llevaba puesta en ese momento y con su propio automóvil y su misma matrícula en él instalada.”

La aparición de este desdoblamiento o *doppelgänger* será para Orlando el comienzo de una historia de horror y «muerte». Este es un tema recurrente en la historia de la literatura. La originalidad de nuestro autor es que no lleva a su criatura a la desaparición física, sino a la paulatina difuminación de su *persona* social. Si, como dice el sociólogo canadiense Erving Goffman, nuestra imagen social es una puesta en escena en la que la sociedad, nuestros allegados, nos prestan un papel, Pérez Saiz nos cuenta cómo a este empleado de banca sus seres cercanos, de repente y sin motivo, no le reconocen ningún crédito. A partir de ahí, nuestro protagonista intenta recuperar su ser y sufre una serie de encuentros y desencuentros que el novelista aprovecha para narrarnos una historia de horror, pero no se asusten, este no es un cuento de miedo y de susto. Se trata del horror de la vacuidad de los fundamentos de lo que somos, el absurdo en el que se cimenta nuestra identidad: ¡con qué facilidad Orlando ha dejado de ser!

Lo que le ocurría era que, en lo más profundo de su corazón, había albergado la

ilusión de encontrar a alguien allí que pudiera reconocerle o, al menos, que hiciera como que le reconocía. Para confirmar su condición de ser humano, para tener un dni concreto y palpable que echarse a la boca.

Antes citamos cuatro elementos básicos, ya hemos tocado el segundo, la trama. Vayamos al primero, la idea. También lo hemos tocado: la identidad y el reconocimiento. Dice el filósofo canadiense Charles Taylor que el ser humano llega al mundo indefinido y debe construirse una personalidad a partir de los lenguajes y las convenciones de la sociedad en la que aterrice: nuestra tarea es contarnos un cuento, una conseja, una narración, tejer una fantasía a partir de las palabras de la tribu con la que podamos identificarnos y nos identifiquen. Orlando ha construido su vida tratando de ajustar su personalidad a lo que los demás entienden por padre, esposo, vecino, bancario, etc. Sin embargo, ¿qué brecha ontológica se abre si sus hijos, cónyuges, convecinos, compañeros, etc. ya no le reconocen en estos papeles? ¿Cuál es su identidad si los otros personajes ya no le dan ni pie ni réplica sobre el escenario de su vida cotidiana? Esta novela no es una novela

psicológica, no se basa en la disección pormenorizada de los entresijos del alma de uno o varios personajes al modo de *La Regenta*; tampoco, pretende desplegar un friso social, como *Fortunata y Jacinta*; ni elabora una alegoría sobre un estado o una nación fallidos como *La casa verde* o *Cien años de soledad*. Se trata de una *novela vivípara* cuya narración brota y da carne a una idea central: el fructificar de la identidad humana a partir del reconocimiento ajeno y, en consecuencia, su realidad verbal o lo que es lo mismo, su poca realidad.

Sin embargo, no se vuelvan a asustar, no es esta una novela filosófica o sesuda, su lectura es amena y cuajada de humor, no de carcajada (a veces sí), sino de sonrisa sutil. Aquí es donde viene el tercer elemento, el estilo: grumoso, barroco, a ratos soez, pero tremendamente divertido. Si la naturaleza humana es predominantemente verbal, este novelista no podía ser inconsecuente y nos regala con una retórica cínica, desencantada, acida, juguetona, golosa pero, al fin y al cabo, portadora de una mirada misericordiosa hacia sus personajes y muy entretenida para el lector que se divierte, no solo con los vaivenes de la trama sino también con el verbo

desbordante al tiempo que afilado del autor.

Por último, la metaliteratura tendrá un peso crucial y creciente en el texto. Si somos el resultado de una narración y una representación, no solo es importante cómo se cuente sino también quién cuente y desde qué posición. En la primera parte se nos cuenta una historia. Su narrador lo hace en tercera persona, asume la perspectiva del protagonista, sin prácticamente desvelarnos más de lo que él sabe, y avanza casi a la misma velocidad a la que lo hacen los acontecimientos con pocos resúmenes y menos elipsis. Sin embargo, en la segunda parte, para delicia del lector, el autor con gran maestría y pertinencia, le da la vuelta a su obra y nos muestra el otro lado del tapiz: así podremos ver los entresijos de la enunciación de la historia y la posición desde la que se cuenta pasará al primer plano de nuestra vista. Al fin y a la postre, si no somos más que lo que nos cuentan y lo que nos contamos, una neblina, una fantasía hecha de palabras que se escarcha en el tiempo, un grumo verbal que se lía y deslía en una esquina azul del universo, este es un cuento sobre cómo nos contamos ese cuento.

Gonzalo Martínez Camino